

GIGANTES CON ASPAS

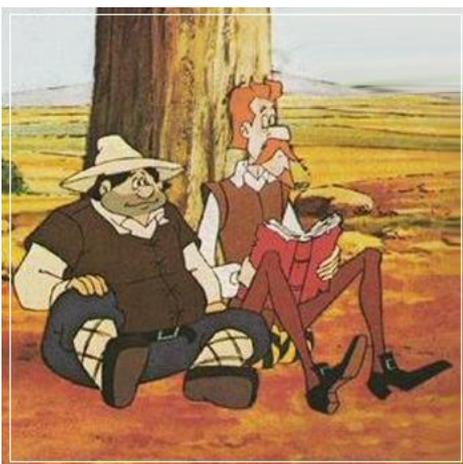
—A los dos días de volver a su casa, don Quijote se levantó de la cama para ir a ver sus libros, pero, al no encontrar el cuarto donde los guardaba, comenzó a palpar las paredes buscando la puerta.

—Ya no hay aposento ni libros -le explicó la sobrina-, porque ha venido un encantador cabalgando sobre un dragón y se los ha llevado por los aires.

Don Quijote se quedó descolocado.

—Sin duda ha sido el mago Frestón -dijo-, que me tiene aborrecido porque sabe que soy el caballero más valiente del mundo.

Quince días estuvo don Quijote en su casa, en los que cada vez que pasaba ante el muro de su biblioteca, volvía a tentar las paredes y lanzaba un hondo suspiro de tristeza. Su sobrina y la criada trataban de darle ánimos y hacían todo lo posible para que olvidara su loco deseo de ser caballero andante; pero de nada sirvieron tantos esfuerzos, pues don Quijote empezó a preparar en secreto su segunda salida. Un buen día, fue a buscar a un labrador vecino suyo, casado y con hijos, y le preguntó si quería ser su escudero.



—¿Y qué hace un escudero? -preguntó el campesino, que se llamaba Sancho Panza y era un hombre de poca estatura y mucha barriga, más bueno que el pan pero muy corto de entendederas.

—No tienes más que acompañarme en mis aventuras y llevar vendas y pomada para curarme si fuese necesario -respondió don Quijote-. Y, a cambio de tus servicios, te nombraré gobernador de la primera ínsula que gane.

Sancho Panza no sabía lo que era una ínsula, pero la idea de ser gobernador le gustó tanto que aceptó el oficio de escudero sin pensárselo dos veces. Así que a los dos o tres días, don Quijote y Sancho salieron en plena

TERTULIA DIALÓGICA LITERARIA - DON QUIJOTE DE LA MANCHA (1ª PARTE - CAPÍTULO VIII)

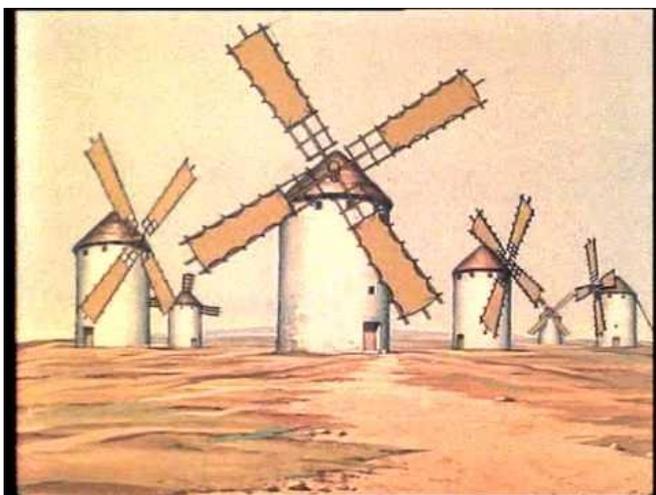
noche sin despedirse de nadie y se pusieron en camino en busca de aventuras. Don Quijote llevaba camisas limpias y algún dinero, y Sancho salió de la aldea montado en un borrico.

—Nunca he leído de ningún escudero que fuera a lomos de un asno -dijo don Quijote-. Pero no importa: en cuanto venza a un caballero, te regalaré su caballo.

—Me he traído el borrico porque no estoy acostumbrado a andar mucho -respondió Sancho-, y para mí es tan bueno como el mejor caballo del mundo, porque más vale algo que nada y ándeme yo caliente y ríase la gente. Lo que sí le digo es que se acuerde de su promesa de hacerme gobernador...

—No temas, Sancho, que es posible que antes de seis días te corone como rey.

—¿Rey? La verdad es que prefiero ser gobernador, porque, aunque me gustaría que mis hijos fueran infantes, me parece que mi mujer no vale para reina. Mejor hágala condesa, y ya será mucho... Y no lo digo porque no quiera a mi Teresa, que la quiero más que a las pestañas de mis ojos, pero ya sabe que no se hizo la miel para la boca del asno...



En estas conversaciones se les hizo de día, y a la luz de la mañana descubrieron treinta o cuarenta molinos de viento que hay en el campo de Montiel.

—La suerte nos acompaña, amigo Sancho -dijo don Quijote-, ¿Ves aquellos gigantes fieros de allí abajo? Pues pienso entablar batalla con ellos hasta quitarles la vida.

TERTULIA DIALÓGICA LITERARIA - DON QUIJOTE DE LA MANCHA (1ª PARTE - CAPÍTULO VIII)

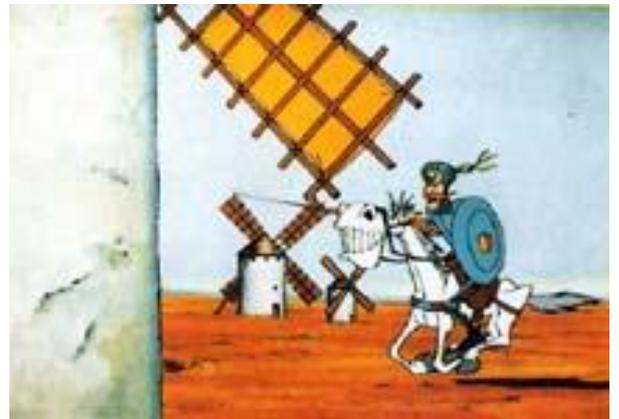
—¿Qué gigantes?

—Aquellos de allí. ¿No ves lo largo que tienen los brazos?

—Eso no son gigantes -dijo Sancho-, sino molinos de viento, y lo que parecen brazos son las aspas.



—Bien se ve, amigo Sancho, que no sabes nada de aventuras, porque salta a la vista que son gigantes. Pero, si tienes miedo, apártate y ponte a rezar, que voy a entrar en batalla.



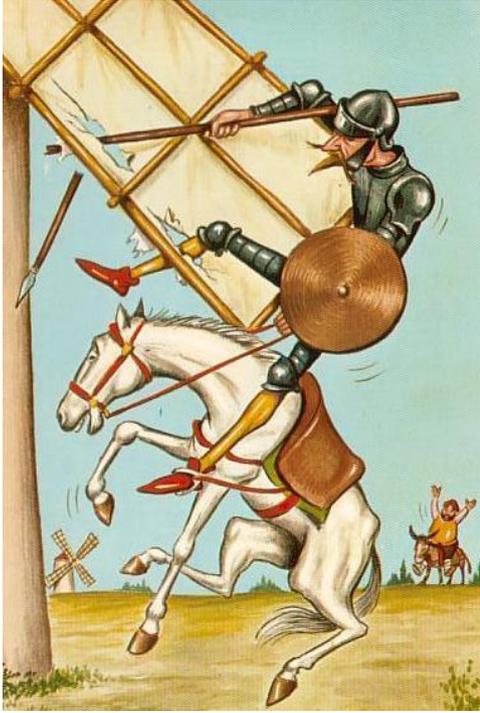
—¡Que no, señor, que son molinos! -comenzó a gritar Sancho, pero don Quijote ya no podía oírle, porque corría a todo galope contra los gigantes de su imaginación.

Justo entonces el viento empezó a mover las grandes aspas de los molinos, y don Quijote dijo:

—Menead los brazos todo lo que queráis, que no os tengo miedo! -y luego añadió mirando a los cielos-: ¡ Oh señora de mi alma, hermosísima Dulcinea, ayudadme en este combate!



Llegó don Quijote al primer molino y le clavó la lanza, pero, como el viento soplaba con tanta fuerza, las aspas siguieron girando, con lo que la lanza se partió por la mitad y don Quijote y su caballo echaron a rodar por el campo.



—¿No le decía yo que eran molinos? -dijo Sancho, que llegaba corriendo a socorrer a su amo.

—Calla, amigo mío, que lo que ha pasado es que el mismo hechicero que me robó los libros ha convertido estos gigantes en molinos para verme vencido y deshonorado.

El pobre caballero apenas podía ponerse en pie, pero Sancho le ayudó a subir a lomos de Rocinante, que también tenía más de un hueso desencajado. Cuando volvieron al camino, don Quijote iba tan ladeado sobre su caballo que parecía que fuera a caerse de un momento a otro.

—Enderécese, señor -le decía Sancho-, que va de medio lado, aunque debe de ser por el dolor de la caída.

—Lo que más me duele no son los golpes, sino el destrozo de la lanza, porque un caballero sin armas es como un cielo sin estrellas. Así que si encuentras una rama gruesa a la vera del camino, dámela, Sancho, que encajaré en ella la punta de mi lanza para tenerla a punto si llega otro combate.